

# ¿Ha llegado mi paquete?



**Texto:** Mireia Vidal

**Ilustraciones:** David Carretero

Cuando Pablo enganchó la nariz a la ventana y vio que estaba todo nevado, se puso de mal humor. Aquello significaba que el cartero tardaría más en llegar a su pueblo y él ya estaba bastante nervioso. De hecho, estaba tan impaciente, que decidió ir personalmente a la oficina de correos para recibir antes su paquete.

Al salir de la escuela, Pablo se plantó rápidamente ante el mostrador del señor Miguel y de puntillas para que el hombre lo viera, preguntó:

-¿Qué ha llegado mi paquete?

Pero el Sr. Miguel continuó ordenando las pocas cartas que tenía, sin apenas oírlo.

Tres veces tuvo que repetir Pablo la pregunta, hasta que el viejo Miguel finalmente lo oyó. Todo el mundo sabía que el hombre era un poco sordo, y a Pablo le molestaba tener que esperar tanto a que le hicieran caso. Pero finalmente, el hombre reaccionó y se fijó en el crío que continuaba de puntillas sacando la nariz a través del mostrador.

— Tía Lola me envía un paquete desde China. Ya debería haber llegado. — Insistió Pablo.

— ¿Ah sí? -Dijo el viejo Miguel. — China está muy lejos. Pero deja que lo compruebe. — Y arrastrando los pies revisó el montón de cajas que guardaba bajo el mostrador.

A Pablo le pareció que aquel hombre tardaba una eternidad en revisar los paquetes. ¡Pero claro que a Pablo le parecía que tardaba mucho! A él le gustaba que las cosas ocurrieran deprisa. No le gustaba tener que esperar la cena cuando estaba hambriento, ni que la chimenea calentara cuando tenía frío, ni que el horno acabara de cocer las galletas de la abuela. Cuando él quería algo, lo quería inmediatamente, y tener que esperar las cosas le suponía una tortura.

— ¿Qué ha llegado ya? — Preguntó Pablo, animando al hombre a que se diera prisa.

— Me parece que no. Aquí no ha llegado nada — Dijo el Sr. Miguel. — Pero no te preocupes que si tiene que venir, ya llegará. Vete a casa y espera que te lo entregue.

Pero esperar no estaba en los planes de Pablo, así que decidió que se quedaría en la entrada del pueblo para poder ver al cartero cuando llegara de la ciudad.

Casi estuvo una hora hasta que el Sr. Miguel decidió acercarse.

— Te vas a enfriar aquí sentado. ¿Por qué no me acompañas a repartir las cartas? Además, cuando llegue el cartero de la ciudad, yo seré el primero en enterarme.

Pablo pensó que quizás sí que sería mejor acompañar al viejo Miguel. Lo cierto es que tenía frío y estar cerca del cartero le aseguraba que en cuanto llegara el paquete, podría recogerlo rápidamente.



— ¡Vengo contigo!— dijo. Y a partir de ese momento se pasó la tarde recorriendo el pueblo de casa en casa. Saludando a unos y otros, enterándose de quien había nacido, quien se había puesto enfermo y quien había ido a la ciudad a comprarse una nueva televisión. Pablo se divirtió mucho acompañando al viejo Miguel, e incluso pudo probar un pastel de calabaza, un puñado de nueces, un sorbito de limonada y dos mandarinas que les ofrecían por las casas.

Pero al terminar el día, por más que Pablo corrió para llegar deprisa a la oficina de correos, comprobó que no había llegado nada.

— Ya te lo llevaré mañana, si llega — Dijo el viejo Miguel.

Pero Pablo estaba muy decepcionado. Estaba triste porque había perdido todo un día esperando su paquete y la impaciencia lo corroía por dentro. Esa noche no pudo dormir, y al día siguiente, corrió de nuevo a la oficina de correos esperando ver el cartero.

— ¿Ya vuelves a estar aquí? — Le preguntó Miguel. Pero esta vez entendió que Pablo no se iría hasta que llegara su paquete.

— ¿Por qué no me ayudas a guardar estas cartas viejas? — Preguntó el hombre a Pablo que estaba en la puerta de la oficina mirando a la calle impaciente.

Y sin muchas ganas, Pablo obedeció. Tampoco tenía nada más que hacer.

Aquella mañana, Pablo se pasó las horas removiendo viejas cajas con el Sr. Miguel. Estaban llenas de cartas y postales que nadie había querido recoger y a fuerza de removerlas Pablo descubrió un montón de imágenes de lugares a los que nunca había ido, leyó letras en idiomas que desconocía y vio fotografías de gente lejana que le gustaron mucho. Cuando lo tuvieron todo ordenado, Pablo se dio cuenta de que el cartero aún no había llegado.

— Sí que tarda — Se quejó el chico.

— Es que China queda muy lejos. — Dijo el Sr. Miguel. Y removiendo las cartas, encontró un montón de postales con imágenes de China que le enseñó a Pablo. Qué bonitos le parecieron aquellos paisajes, y qué divertidos los sombreros, y los colores de los trajes, y las comidas y las casas, y los palacios...

Tan bien se lo pasó, que aquella noche Pablo no refunfuñó tanto cuando en casa explicó que el paquete aún no había llegado. Ya volvería a ir a correos al día siguiente.

Y al día siguiente volvió. Y el otro, y el otro... Y un día acompañó al señor Miguel a llevar un paquete a Emilio, el de las vacas, y justo vio como nacía un ternero. Y el otro compartió unos bombones franceses que le acababa de enviar por correo un joven enamorado a Remedios. Otro ayudó a escribir una carta al viejo Andrés que ya no se podía casi ni ver, y también se divirtió ayudando a unos hermanos a construir un mueble sueco que les habían enviado por piezas.

Lo cierto es que Pablo, cada día lo pasaba mejor yendo a la oficina de correos a esperar su paquete. Pero un buen día, el paquete llegó. El cartero de la ciudad hizo sonar el claxon nada más entrar en el pueblo, y esta vez Miguel lo oyó.

— Mira, ya lo tienes aquí — Le dijo el hombre a Pablo.

Pero, extrañamente, ese día Pablo ni corrió ni se exclamó. Oyó el timbre del cartero y continuó jugando con los gatos que hacía poco habían nacido en casa de la Señora Eulalia. Continuó jugando mientras el viejo Miguel le entregaba a la mujer unas cartas de su hija, que estudiaba en Suiza, y aún tuvo tiempo de probar un poco de aquel guiso tan bueno que hacía Abibba, una joven que había llegado de África, y que de vez en cuando se entretenía a cocinar sus platos.



Tan sólo por la noche, cuando el viejo Miguel ya lo había entregado todo, Pablo recordó que en la oficina de correos estaba su paquete. Por un instante tuvo el impulso de ir corriendo para llegar deprisa. Pero de pronto se dio cuenta de que el viejo cartero no podría correr, y Pablo prefirió seguir caminando a su lado. Solo así podría seguir escuchando la historia que el hombre le contaba de cuando era joven y salía con sus amigos. Él le escuchó, y por primera vez en su vida celebró que las cosas fueran despacio. A paso lento y sin prisa, para asegurarse de que el viejo Miguel tenía bastante tiempo de explicarle toda la historia.

Además, aquel paquete que venía de China, ¡podía esperar sin problemas!

# Fin

# FAROS

*La guía de la salud y el bienestar para tus hijos*



**Los cuentos de la abuela** es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



# SJD

**Sant Joan de Déu**  
Barcelona · Hospital